

GERARDO DE LA CONCHA



LAS FURIAS

Memoria y vigencia de un infierno

B

I
LAS FURIAS

Alecto o la implacable

Los cuerpos desnudos pueden ser hermosos, pero no siempre lo son. El cuerpo que torturé en una ocasión de esos tiempos ya idos de mi juventud no me lo pareció, quizá por su postura, por su peste, por su indefensión. Con los ojos vendados, se encontraba arrojado y vencido en el rincón grisiente de un muro gris y el hombre —debo decir el muchacho, pues éramos de la misma edad— tenía un cuerpo triste.

Sus manos estaban amarradas por la espalda. En algún momento hubiera querido tomarlas y calmar su dolor provocado por mí, lo que resultaba algo tan contradictorio como la vida misma. Mientras esto sucedía yo oía cantos, de eso estoy seguro, y es posible que advirtiera también a lo lejos el ladrido de un perro y los rumores nocturnos de la ciudad en calma a pesar de encontrarnos en ese sótano, pero todos los sonidos desaparecían ante el poder de mi propia voz, aunque luego el grito de él, ahogado en sus gemidos, habría de permanecer como un eco en el tiempo.

Recuerdo una araña en ese muro más bien salitroso, la miré caminar presurosa y de pronto se detuvo ante mis ojos. Algo motivó su repentina inmovilidad, quizá en un instante se acallaron los ruidos cercanos cuando me distraje para contemplarla y entonces sintió miedo de que fuera a atacarla. La verdad no sé si las arañas sientan ese miedo que paraliza de manera inevitable en este condenado mundo, y en efecto habría podido aplastarla aunque no lo hice; así le di la vida porque podía darle la muerte.

Me pregunto ahora: ¿la imagen de una insignificante araña surge del pasado como un símbolo de lo ineludible, por ejemplo el paso del tiempo? O si en un sueño hay una araña gigante tejiendo su tela para atraparnos y perdernos enredados en ella, ¿se convierte en un emblema de la mente confusa, incapaz de enfrentar realmente lo que subyace como raíz de todo? Si representa la presencia de lo extraño al tratarse de un animal carente de sistema nervioso, ¿entonces no puede sentir miedo, no puede! A lo mejor sólo divago. En esa ocasión, la araña retomó a salvo su camino y yo continué con el mío, hundido en mi tarea.

Si existiera de verdad un Dios misericordioso no habría pasado ni futuro, sin ninguna memoria ni esperanza, sólo así sabríamos, abolido el tiempo, que el paraíso se encuentra en el dominio de lo indiferente, en un presente perpetuo hecho de olvido verdadero; ésa es la felicidad de algunos locos y de los idiotas privados de razón. Si el asesino regresa siempre al escenario de su crimen puede ser que de igual manera la memoria, por obsesión o por culpa, se obligue también a volver a los escenarios pasados. Creo que a veces el recuerdo encuentra su cauce convertido en tormento o en placer.

Entonces, ¿cómo llegué a esa circunstancia, la de tener a mis pies ese cuerpo vencido?

Nunca he vuelto a sentir tanto frío como aquella noche —en enero del 72—, acurrucado en el suelo junto a una pared desnuda, donde no había camastro ni nada. Eran los separos de la policía judicial de Chihuahua, y el invierno del norte con su poder helado nos poseía despojados de abrigo. El frío tan intenso dominaba todo, era el señor de las sensaciones y los olores, los pensamientos y los deseos (como el de no estar ahí). Porque en ese lugar no había posibilidad de otra cosa, si no de obedecer en un instante concentrado y como si fuera una orden, el imperio absoluto del frío. Camaradas de los diferentes comandos ocupaban distintas celdas. Si alguien hablaba lo hacía a susurros, aunque prevalecía el silencio, compañero de la luz amarillenta y la sucia humedad del sitio. Tan sólo en un momento una voz exclamó: «¡Mataron a Natasha!», y el sonido de esas palabras pronunciadas como un aviso o un lamento se deslizó rápido y agudo entre los barrotes. Estoy seguro, si bien no los conocía, de que todos ellos permanecían resignados, dignos o firmes, dispuestos a todo según su carácter. La consecuencia de un operativo fallido es caer en manos del enemigo, y si alguien estaba arrepentido de participar en esos asaltos simultáneos realizados en nombre de la Revolución, no tenía oportunidad para reflexionarlo. Como decía, el frío congela los sentidos y todo lo convierte en un temblor capaz de suplir al miedo, esa sensación oscura en la cual no puedes perderte si antes ya lo estabas en esa desolación aterida.

Estaba junto con Tony, sentados espalda contra espalda y no era suficiente. No sé ya si él por tener más edad fue quien lo sugirió o nos abrazamos por instinto, lo cierto es que estrechar nuestros cuerpos nos dio algo de calor. No podíamos caminar dentro de la celda, estábamos agotados. «Les dije que tú no tenías nada que ver, porque viniste aquí para a estudiar, les dijiste lo mismo, ¿verdad?» Esa versión la habíamos dado a la gente de la calle del barrio de Santo Niño en la capital chihuahuense, donde estaba hospedado, y era lógico que la repitiera cuando, después de detenernos, al entregarnos a los policías en la estación, un hombre gordo de bigotes me interrogara dentro de un cubículo. El tipo muy serio hacía anotaciones en una libretita.

—¿Quién te mandó acá? —preguntó de forma escueta.

—Mi mamá... —respondí rápidamente.

—¿Ella te mandó robar? —exclamó con dureza.

—Yo no he robado nada —dije con suavidad y con la mirada firme.

—¿A qué viniste aquí? —inquirió con su tono norteño.

—A estudiar, señor... —volví a hablar como si lo murmurara.

—En sus pinches escuelas se vuelven rojillos —afirmó.

Sobre su escritorio estaban todas las cosas que llevaba en mis bolsas del pantalón.

—Yo vine a inscribirme para estudiar eso —señalé una tarjeta perforada.

Dejó su pluma y la libretita, con sus manos regordetas la desdobló con curiosidad y la volteó por sus dos caras, noté que le había intrigado, pero de alguna manera no quiso mostrarme de inmediato su total ignorancia en torno a la

misteriosa tarjeta perforada, y si no hubiera sido porque mi situación era poco menos que desesperada, de buena gana me habría reído de su cara perpleja y estúpida.

—Es una tarjeta de información —le expliqué.

—¿Qué clase de información? —preguntó mientras le daba vueltas lentamente y la observaba sin entender un ápice de ella.

—Se pone en una máquina que lee sus datos —expuse como si tuviéramos una conversación normal.

—¿Qué datos? —siguió preguntando.

—Pues, cualquier dato, miles, millones de datos, los clasifica y los archiva, se llaman bases de datos —dije muy animado—, esto sirve para muchas cosas, funciona mediante códigos matemáticos... —mostré con suficiencia, a pesar de que casi no sabía nada del tema.

Durante un momento sentí que era algo de suerte el haber guardado esa tarjeta de uno de los muchachos de la casa donde me hospedaba, quien estudiaba una carrera nueva de esos tiempos, la de cómputo. Gracias a mi tarea asignada en esa operación no estuve en la casa de seguridad, sólo conocía a Tony, y donde estaba viviendo a mi vecino el de la computación y a otro que trabajaba en una tienda de discos y todas las noches me atosigaba con sus comentarios de la lectura de los libros de Hermann Hesse («Abraxas es al mismo tiempo dios de luz y de sombra, del mal y del bien, ¿ves?, son verdades ocultas pero en *Demian* se revelan ¿eh, bato?, y también debes de leer este libro, ¿lo puedes creer?, así soy yo, como este Harry, en la ciudad somos lobos en la estepa, válgame. ¿Que qué es una estepa?, ¿qué carambas no has visto los desiertos de Chihuahua?, inmensos, hijo, inmensos como la soledad del

hombre... cuando se es un lobo estepario»), ninguno de ellos sabía nada acerca del verdadero cometido de mi presencia en la ciudad ni de la índole de mis relaciones con quien era mi contacto con los comandos que planeaban un asalto simultáneo a tres bancos, para obtener fondos y mostrar la capacidad operativa de la naciente guerrilla urbana.

El hombre arrojó la tarjeta como si de pronto se diera cuenta de que conversaba conmigo en lugar de llevar a cabo un interrogatorio. Supe que iba a asumir una actitud más dura conmigo.

—Mira, mocoso, no te pases de lanza, desembucha todo lo que sabes o te va a ir muy mal —sentenció y carraspeó para recuperar su postura y comenzó a golpear con su pluma en la libretita sin anotar nada ya. Lo curioso es que no me había preguntado nada especial, quizá porque dudaba de mi papel en todo eso.

—No sé nada, señor —volví a hablar suavemente, casi con humildad, evitando exagerar esta actitud.

—Al rato van a venir unos hombres que no te van a tratar como yo —amenazó.

Pero no dije nada.

—¿Qué hacías con el cabrón con el que te agarramos? —por fin hizo una pregunta que venía al caso.

—Me dijo que fuéramos a pasear en la moto —contesté sin dudar, y era tan absurda mi respuesta que otra vez debí aguantarme la risa.

—¿Qué?, ¿se dedica a pasear morrillos pendejos? —comenzó a exasperarse.

—Sólo es mi amigo... —bajé la vista para evitar confrontarlo.

—Tu amigo... asaltó por la mañana un banco... asaltaron tres bancos —casi gritó.

—No sé de él, pero hoy todos hablan de eso... —volví a expresarme como si se tratara de una conversación entre ambos, muy quitados de la pena.

—Tú eres de este grupo, no te hagas pendejo, ¿qué hacías con ellos? —indicó y pensé de inmediato que no sabía nada de mi participación en este operativo.

—No, señor, se lo juro, ni sé usar armas —quise agregar *para asaltar un banco* y ya no lo hice.

—Ninguno se va a escapar, están reventados, allá abajo ya están llenas las celdas —lo dijo como una constatación triunfalista.

—Yo vine aquí a estudiar —insistí.

—Eso deberías haber hecho, en lugar de andar con estos batos locos —presumió esa frase casi paternalmente y, sin embargo, en la circunstancia eso no me consoló, pues al hablar en pasado sonaba a que mi situación era en efecto bastante mala.

Si bien ningún testigo me podía reconocer, ni siquiera los camaradas quienes no me conocían en forma directa, temía que Tony no aguantara y les dijera a los policías la manera en que había participado al rondar por las sucursales para hacer descripciones minuciosas: tantos pasos tanto tiempo, cuántos guardias había, si había rondines y todo eso; en esos momentos surgía en mi mente la imagen de un edificio redondo donde estaba uno de los bancos, fui a preguntar sobre la apertura de una cuenta de ahorros, chico bueno, me di el lujo de platicar con un empleado a quien le divirtió mi tono capitalino porque dijo que era muy cantado y a mí también el

suyo al decírmelo con su cadencia norteña. Y ahora el edificio redondo me generaba una añoranza inmediata y las imágenes desfilaban en mi mente con una nostalgia repentina, la gente caminaba por ahí en las calles entre los negocios o hacia las oficinas. Era el comienzo de la temporada navideña y por todos lados se escuchaban los villancicos; durante el día ya se sentía el frenesí de las compras, el ambiente de la época con sus adornos característicos. Y al sentirme diferente a todos porque de manera subterránea se preparaba una acción revolucionaria por sus objetivos, mi ánimo se arrebatava en secreto y parecía reparar así las humillaciones que depara la vida pobre. Y había sido cauteloso, me cuidaba de no llamar la atención y siempre veía de manera furtiva que nadie me siguiera. No conocía a los camaradas de ese operativo, salvo a Tony, sin menoscabo de sentirme integrado en una misión casi sagrada. La ciudad iba a saber de nosotros y yo debía procurar que las cosas salieran bien, y por eso transmitía todos los detalles necesarios. Mis ojos diseccionaban cada lugar y sus alrededores donde se iban a realizar los operativos, para que los camaradas actuaran con eficacia demostrando así ante el poder constituido la existencia de un enemigo capaz de desafiar al gobierno, como un poder que emergiera desde las sombras.

En lugar de eso, las cosas habían salido mal de manera inexplicable y yo por lo pronto estaba atrapado en una circunstancia incierta, cuya amenaza se perfilaba en el ambiente frenético de la estación. Decenas de agentes entraban y salían portando armas largas y había parientes de algunos de los detenidos. Y esta amenaza también se sentía en el interrogatorio sufrido durante el cual las palabras del policía anunciaban lo peor.

No me tocaba ir, aunque sabía que Tony iba a ser *muro* en la bocacalle del banco situado frente a una iglesia y pensaba que podía interceder por mí. La noche anterior él fue a donde estaba viviendo. El amigo de la tienda de discos nos hizo escuchar *Tarkus* de Emerson, Lake and Palmer; la portada del disco tenía un armadillo gigante de caparazón gris, cuyo cuerpo era un tanque sobre un desierto de colores donde yacía también el esqueleto de un animal prehistórico; el conjunto componía una imagen indescifrable que para mí correspondía al intento de plasmar los sueños locos y relucientes. Era una música extraña y él la oía sentado con todo su cuerpo larguirucho desparramado en un sillón y entrecerrando los ojos como si se tratara de un ensueño de tambores y sonidos electrónicos. En particular, una melodía hizo que Tony y yo nos miráramos a los ojos, pues el órgano solemne y luego la repetición en el teclado creaba un ritmo que acompañaba, de manera rimbombante y épica, la sensación nerviosa de quien espera participar en un acto, en el cual de alguna manera se apuesta la vida con un propósito superior. Su título era «The only way», un himno sagrado del rock, y resonó en nuestros oídos en correspondencia con nuestro estado anímico. También puso un disco del grupo Los cantantes de la noche de San Juan y su canto lúgubre, con timbales desgarrados y un órgano mezclado con guitarras eléctricas, parecía referirse a presagios oscuros, y eso, sin embargo, no influyó en nuestro ánimo exaltado en secreto. Le pedí que pusiera en el tocadiscos «Simphaty for the Devil» de los Rolling Stones, su pieza favorita, y aunque ignoraba yo quién era Godard, sentía en ese momento que la canción nos cargaba de energía y transfería esa actitud arrogante y, al mismo tiempo, displicente

hacia la violencia ejercida, encarnada por Mick Jagger en *Los Hermanos Kelly*. Nos hizo escuchar también completo el álbum de *Their Satanic Majesties Request*. Toda ésta no era la música que más entusiasmara a Tony en su ortodoxia comunista, pero esa noche su ánimo estuvo dispuesto, en sintonía con el mío, porque todo lo que significara rechazo me alentaba. En aquel tiempo no llegaban todavía a México los sudamericanos con su música folklórica y fallida que habría de contaminar esos círculos. Ignoro cómo fue la espera de los demás camaradas, algunos de Chihuahua y otros de la Ciudad de México, quienes iban a participar en una acción tan importante, semejante al mítico ataque en la sierra a un cuartel militar, pues no se trataba sólo de la obtención de fondos, sino que se atacaba un símbolo económico de un importante *oligarca* que era dueño de todos esos bancos, un tal Vallina, según me explicó Tony. Es posible que se inspiraran en canciones revolucionarias tradicionales, comunistas o mexicanas, o quizá la música les era indiferente. Pero acompañaba yo a alguien que iba a tener la fortuna de participar directamente en ello, oyendo ambos música de rock con un fanático del género, quien fumaba marihuana de manera tan rabiosa como la música que le gustaba y compartía —la marihuana no, porque era un vicio considerado enajenante por nosotros—. Y ahí estábamos y sabíamos que esa noche era el prelude para un día decisivo, por ello debíamos descansar. Después de un rato salimos y nos detuvimos en las escalerillas, hacía un frío de los mil demonios y nuestros alientos expelían un leve vapor mientras nos frotábamos las manos.

—¿Ya leíste el libro de Rosa? —se refería a un panfleto de Rosa Luxemburgo.

—Oh... claro... —mentí, pues lo había hojeado y me aburrí.

—No te creo, ya me dijeron que pierdes el tiempo leyendo poesía y la novela esa de aventuras, *El correo del zar*, ja... —me refutó y se recargó en un poste del pórtico.

—Pero sí estudio, de veras —traté de evitar que me regañara.

—Debes hacerlo, se trata de teoría y práctica, de praxis, y la praxis crea militantes confiables —me dijo y sus palabras no importaba si las comprendía yo, eran un dogma en el que debía creer sin titubear—, la teoría te dice cómo transformar el mundo y la práctica es hacerlo con esa determinación. Sólo es comunista el que asimila esto.

—Es para imponer la dictadura del proletariado —comenté y quería que al mencionarlo me dejara en paz—: ¿Ya ves?, sí estudio.

—Exacto —se refería a lo de la dictadura proletaria—, la libertad surge cuando se libera a la clase oprimida, eso enseña ese libro, ¿entiendes?

—En San Cosme nos agarraron a balazos —respondí de pronto para llevarlo a un terreno conocido y a la verdadera razón por la que me encontraba ahí.

—Por eso te digo esto —retomó su idea—, no sólo hay que resistir, los revolucionarios debemos organizarnos evitando burocratismos, camarillas —seguramente repetía términos del libro que me había prestado—, y preparar la revolución proletaria... ése es nuestro camino.

—Dime, ¿sí voy a ir mañana con ustedes? —otra vez quise cambiar de tema.

—No, hablé con el camarada Raúl, definitivamente no —prendió un cigarrillo, exhaló el humo, más vigoroso que el de su aliento invernal; así me transmitió la decisión del jefe del llamado Núcleo Central en Chihuahua.

—¿Por qué? —pregunté decepcionado.

—Ya cumpliste tu misión —afirmó con seguridad.

—No vine sólo a eso —protesté.

—Todos vamos a llevar armas, tú ni sabes disparar —era algo cierto en ese entonces.

—Anda, llévame contigo, vas a ir de *muro*, ¿no? —dije como si pidiera que no me dejaran fuera de una excursión—. Puedo estar en una esquina de vigía... —agregué con tono de haber encontrado un motivo certero para no ser hecho a un lado.

—Mira, a Raúl no le gustó que te mandaran de México —y aplastó su cigarrillo—, eres muy chavo.

—¿Eso qué! —reaccioné—: el 10 de junio salvé a otros y ese día tuve un bautismo de fuego, por eso estoy aquí, ¿no lo sabe Raúl? —pregunté en tono de reclamo.

—Sí lo sabe —me respondió con calma—, te habríamos regresado de volada si no lo supiéramos. Ya me voy, hace mucho frío, bueno, déjame insistir, si vas paso por ti a las ocho en punto —y bajó la escalinata para dirigirse a su motocicleta.

Sus últimas palabras eran una esperanza, como si en el aire frío y denso se impusiera una cálida alegría que abarcara todo mi ser, ante la posibilidad de ser parte íntegra de una operación, en la cual había sido depositada cierta confianza en mí. Era la Operación Madera, en la ciudad de Chihuahua.

Y terminé en la bocacalle para avisar si acaso viniera el enemigo; «te cruzas rápido, es todo», me dijeron, y Tony era el mejor, montado en su moto y listo, los camaradas no cruzarían pues iban a entrar directo y así llegaron en su auto poco después de las nueve. Algunas personas estaban entrando tarde a la misa en la iglesia de enfrente y el sonido de las campanas se confundía en mis oídos con el de los motores; apenas los miré al arribar en la entrada libre y caminaron los pasos necesarios como se había planeado y Tony me dijo aquella vez cuando lo propuse «qué listo eres», pues la sorpresa era decisiva para someterlos a todos. Y en otros dos bancos, en esos momentos, los camaradas procedían igual y otros más en autos ayudarían, sincronizados como reloj, qué maravilla esta lucha, todos lo habrían de hacer respirando valor y ahora los poderosos sabrían que iba a surgir otro poder, el de los justos, la vanguardia del pueblo oprimido que habríamos de despertar para hacer la Revolución; ya no iban a poder matar y explotar impunemente, era lo que pensábamos; además así respondíamos a que trataran a tiros a los estudiantes.

Todo salió bien y me subí a la moto luego de que en unos minutos se acabó la operación y pasó él junto a mí para recogerme, al momento que los demás camaradas del comando huían a toda velocidad. Fuimos a un llano, cerca había un almacén y un billar que frecuenté alguna vez, aunque unos días antes me habían echado fuera por ser menor de edad.

De la misma forma como cambia el tiempo cuando está por llegar una tormenta, de pronto sentimos una tensión real, una catástrofe anunciada en el aire frío. Nos metimos en un callejón cercano. Comenzaron a pasar patrullas y se

escuchaba el sonido intermitente de las sirenas, parecía que todos los policías se hubieran volcado a las calles. Estuvimos un largo rato ahí. «Ve a la casa, te busco más tarde», me dijo Tony de súbito. Como pude llegué a la pequeña vivienda, el estudiante de computación escuchaba la radio, mientras se acariciaba sus cabellos castaños que tenían el corte de príncipe valiente. Si había mantenido la calma antes, él logró exasperarme. «Hubo varios muertos, bato. Las refriegas están duras, ¿escuchas?, asaltaron unos bancos... ¿y tú a dónde fuiste? Esto está muy gacho, hay estado de sitio en la ciudad, todo es muy peligroso.» Suspiré y me metí a mi cuarto, quise leer el libro de *Miguel Strogoff* y no pude. ¿Y si algo había salido mal? Comencé a sentir cierta impotencia al estar en este asunto y no tener conmigo siquiera una mugrosa pistolita. Me sentía solo en una circunstancia en la cual los peligros se advertían como no aparecían antes. Mi ánimo fluctuaba entre la idea de que nada malo iba a pasar y que las cosas se iban a poner de la fregada. Y esto último parecía ser la certeza del momento.

Por la tarde, Tony pasó por mí para ir a casa de su novia. Le dio desconfianza donde estaba yo hospedado, no por el larguirucho que leía a Hesse, sino por el de la computación o bien a bien no sé por qué. En la ciudad se había desatado una cacería de todos los participantes y sospechosos relacionados con el operativo y, sin duda, era una imprudencia que ambos anduviéramos en su moto.

Pero las cosas se salieron de control, todo era vertiginoso. Como la forma en la que nos atraparon. Llegamos a donde vivía su novia y entró a hablar con ella a su casa, la cual era blanca con un lindo jardín exterior, mientras yo esperaba

en la moto. Salió y se dirigía por el breve sendero hacia mí donde aguardaba cuando un auto se detuvo con un fuerte rechinado de llantas, vinieron otras patrullas y un policía derrumbó a Tony, quien no pudo o no quiso reaccionar. El policía gritó que tenía un arma y a mí también me catearon con brusquedad. Nos subieron a patrullas diferentes. Los policías hablaban por radio y cuando partimos pude ver gente en las aceras curioseando. En la estación a él se lo llevaron y a mí me sentaron en una silla fuera del cubículo donde iban a interrogarme. Era notorio que nos daban un trato distinto a Tony y a mí, quizá porque mi corta edad no se disimulaba. Por fin, después de ese interrogatorio decidieron con todo mandarme también a los separos. Estaba implicado en algo grave. El hecho es que encerrarme con Tony fue providencial para mí.

Había que ir escaleras abajo a donde me condujeron en una condena previa. Ya sin chamarra el frío me hacía castañear los dientes, aunque traté de disimularlo porque no quería que se confundiera con miedo; al abrirse la puerta de los separos sentí de golpe un fuerte olor a orines, a humedad agria emanada de alguna coladera en el pasillo y de los muros podridos del lugar. Me di cuenta de que a partir de ese momento dejaba de ser quien era para convertirme tan sólo en un prisionero más con todas las horas malas por delante. Es posible que el ruido de los cerrojos sea uno de los sonidos de mayor impacto en cualquier existencia; cuando se cierra uno, el último golpe metálico con su eco inevitable, estremece sin remedio como si hubiera sucedido algo irreversible. Sentía más resignación que miedo y lo dominante de mi existencia comenzaba a ser el frío que padecía en todo

el cuerpo. ¿Por qué estaba ahí? ¿Por los tiros recientes del 10 de junio? ¿Por los ideales revolucionarios? ¿Porque mi madre hundida en la miseria había vendido mi bicicleta, la posesión que me daba alguna felicidad? ¿O porque alguien me había prestado *El paraíso perdido* y creyera o no en Dios, ese libro al principio convence de que la rebelión contra Dios es necesaria si quieres que esta vida tenga alguna dignidad? ¿O simplemente porque todos los azares me permitieron participar en algo que se revelaría como una cruel ilusión? Al fondo de la celda se encontraba ya Tony sentado en el piso con los cabellos ensortijados de su cabeza revueltos, la barbilla en el pecho y los brazos en las rodillas, y cuando para mirarme alzó su rostro de barba incipiente observé sus ojos apagados y el leve temblor de su mandíbula. Fui junto a él en silencio, como una ráfaga cruzó por mi mente la idea de que había tenido durante unos instantes la oportunidad de disparar a los policías para que intentáramos huir y evitar haber caído presos los dos.

No sé cuántas horas pasaron. El tiempo adquiere otra dimensión cuando estás encerrado. Escuché de pronto cuando abrieron la puerta de hierro y expectante me separé de Tony. Era uno de los hombres que me había bajado y otro de abrigo negro, y eso hizo que lo identificara como un jefe; se dirigieron de inmediato a la puerta de nuestra celda, la abrieron y le indicaron a Tony que saliera y él obedeció. Desde mi lugar los veía, sin saber a dónde o por qué se llevaban a mi camarada y adivinaba que en la próxima soledad de esa celda se iban a acabar todos mis chances y que un destino negro había terminado por atraparme y quizás ese sentimiento de desprotección reflejado en la mirada motivó a que el primer carcelero preguntara:

—¿Vamos a dejar al morrito? —en su voz se notaba un dejo de lástima que en otra circunstancia habría provocado mi protesta; la pregunta acentuaba el desamparo de mi mirada y hubo en ella una manera de interrogar o expresarse propia de la imagen de indefensión proyectada por niños, muchachos muy jóvenes o animales, y que cuando lo hacen los humanos adultos no provoca la misma compasión espontánea, posiblemente porque todo hombre es culpable.

Quiero recordar entonces que fueron mis ojos los que hablaron a favor mío, pues en esos instantes entendí que se jugaba mucho en relación conmigo: la orden de salir con ellos significaría una especie de salvación y, por el contrario, quedarme ahí era al parecer la peor opción por algo advertido en la actitud apresurada de esos hombres. La pregunta los detuvo. El del abrigo reflexionó un momento, de pronto me miró con una fijeza inesperada y entonces me dijo con brusquedad:

—¡Apúrate! —con la cabeza hizo la señal de que los acompañara.

De manera inexplicable, porque en realidad no sabía bien a bien qué estaba sucediendo, sentí un alivio y me di cuenta de que a Tony, quien aguardaba muy serio, le pasó lo mismo. Me levanté apresurado. Por delante caminó el que a todas luces era el celador y el jefe lo hizo atrás de nosotros. En el rellano de la escalera, el primero abrió la puerta de una habitación y nos empujó dentro:

—Si quieren vivir, no hagan ruido —ordenó.

Tardamos un poco en acostumbrarnos a la oscuridad. Tony se deslizó a un rincón. Me percaté de que la puerta de madera tenía una rendija minúscula y ahí pegué el ojo.

No tardó mucho tiempo para que se abriera la entrada que estaba enfrente de una parte de la estación, y observé pasar a varios hombres por la escalera sombría, algunos traían chaquetas de cuero y cubrían sus manos con guantes negros. Su imagen significaba, por una extraña razón, la de un poder auténtico y definitivo. Dejaron abierta abajo la puerta de los separos porque escuché con claridad cuando uno de ellos gritó provocando en mí la idea de que lo peor apenas comenzaba:

—¡Somos los Tigres de la Federal de Seguridad y ya se chingaron pendejos! —la voz ronca y temible retumbó como si estremeciera a las mismas paredes.

Tony se llevó las manos a la cabeza, yo tenía ahora el oído puesto ahí con mi corazón acelerado mientras trataba de escuchar; así es como me percaté de sonidos metálicos, cerrojos, más insultos y después un grito sordo, más fuerte que un gemido pero sin tanta intensidad como la de un grito abierto. ¿Qué habían hecho con él los agentes para que un camarada exhalara ese grito animal?, más bien una queja surgida de las entrañas, sin duda una respuesta cuyo dolor y mérito es indescriptible. Los Tigres se convertían en seres sobrehumanos y omnipotentes, por su parte el camarada había sido reducido tristemente a una condición desesperada e irremediable, como la de los animales en los mataderos. Ahí abajo no se daba en esos momentos un interrogatorio que justificara cualquier dureza, era un castigo, un suplicio decidido cuya intención era provocar el mayor dolor y eso era lo que sucedía. Y ese grito había golpeado todas las paredes existentes de ese lugar como si rebotara de forma absurda y se perdiera después en un instante eterno. Y luego, en un amasijo de

ruidos y palabras, alcancé a escuchar una frase sarcástica: «¿No que muy cabroncitos?» Había una fuerza implacable y devastadora apoderada del sitio, y tal vez lo único que podía suceder y no habíamos advertido, era vivir la más grande de las impotencias. Con lentitud me alejé de la puerta. Estábamos callados y los sonidos intermitentes de abajo irrumpían en esa mazmorra oscura como dardos hirientes en nuestros oídos, pues escondidos los dos nos representaban una inesperada y auténtica agresión violenta del mundo, y si acaso había silencio en algún momento éste nos provocaba una angustia casi monstruosa. Esa habitación extraña era menos fría que los separos y aun así, sin ningún cobijo la noche helada nos atenazaba para acentuar nuestra frustración, en tanto a unos pasos de nosotros se sufría el resultado atroz de una derrota y, lo adivinábamos, estaba desatada la muerte porque a pesar de ser invisible, percibíamos su vértigo.

Y en el recuerdo de mi lectura, Miguel Strogoff permanecía con las manos atadas al pie del trono del Emir. Los tártaros que lo observaban mostraban en su rostro una cruel sonrisa de burla al vencido. Se escuchaban los tambores y brillaban las hogueras. Las odaliscas danzaban con frenesí y la música envolvía los oídos del correo del zar, atrapado por sus enemigos. «¡Abre bien los ojos!», era la orden que le daban mientras el verdugo calentaba su sable en un recipiente de carbones encendidos. A lo lejos, el sol se ocultaba y los árboles eran como sombras gigantes. ¿Qué imagen última vería Miguel Strogoff antes de que ese sable ardiente apagara la luz de sus ojos para siempre? Pero él estaba de pie, altivo, indiferente al suplicio, hasta que llevaron frente a él a su madre; la vieja surgida de la multitud expectante tendió hacia él los brazos y el verdugo,

que estaba junto, dijo «¡abre bien los ojos!», y cruzó frente a su rostro el sable —cuyo filo brillaba al rojo vivo—, para cubrir con él sus ojos y así volverlo ciego al quemarlos con su ardor. Él no soportó ver a su madre sufriendo y eso fue más terrible que toda la circunstancia padecida.

De pronto, suspendidas las imprecaciones y esos gritos, junto con los sordos gemidos de la agonía —todo lo que dominó la circunstancia—, escuché pasos fuertes en la escalera y me arrastré para mirar por la rendija. De reojo observé los ojos de Tony muy abiertos mostrando su miedo; pero en ese momento yo no sentía nada salvo la descarga de adrenalina vibrando en mi cuerpo resguardado en ese escondite. Sólo me picaba la curiosidad de lo que pasaba; cubiertos de la cabeza llevaban agachados a dos camaradas, uno atrás del otro, y veía las manos de los verdugos cubiertas con sus guantes de cuero. Alguno de ellos se detuvo frente a la pequeña rendija y la tapó mientras yo contenía la respiración temiendo que pudieran advertir mi presencia detrás de la puerta, luego se movió también y destellos de una luz amarillenta iluminaron el lúgubre sitio. Cerca había una conmoción distinta a la sucedida antes, ¿dónde los iban a matar?, ¿a quiénes habían asesinado ya?, ¿y los demás?, ¿por qué nosotros permanecíamos a salvo? Esta última pregunta, sin duda, debía resolverla Tony. El frío ya no era tan intenso en nuestra nueva mazmorra y, no obstante, nos envolvía y machacaba nuestros cuerpos sin impedir que creciera en mi cerebro la necesidad de saber qué pasaba o iba a pasar con nosotros: la incertidumbre es el peor de los sentimientos.

Después del golpe de adrenalina vino el agotamiento. Abrieron la puerta y nos arrojaron una manta. ¿Dormitamos

algo? Es posible. Quién sabe cuánto tiempo había pasado, pero seguíamos temblando de frío, hasta que, rompiendo el silencio, Tony habló:

—Mi padre es el médico del gobernador —dijo murmurando como si reflexionara en voz alta—, de seguro el muy cabrón intervino... eso es, por eso estamos aquí.

—¿Eres un traidor? —pregunté despacio, porque ésa era la peor palabra que podía pronunciar, pues quien lo fuera era incluso más odioso que cualquier enemigo. Pensaba que si abajo ambos nos habíamos abrazado fraternalmente fue para aguantar el frío, ya que en realidad se trataba de un traidor, y su contacto me podía contaminar durante ese momento que estuvimos juntos. Porque la traición era para mí la peor acción humana posible. Significaba el abandono del padre, el escupitajo del amigo, la afrenta al amor, la mentira que ofende a la lealtad, la muerte de todo valor que importa en la vida; luchábamos para hundir la traición en el fango donde chapoteaban los enemigos.

—Cómo crees... —casi alza la voz—. Me ofendes, cuate. ¿Quién iba a imaginar que esto fracasara?, si lo planeamos tanto...

—Creo que están matando a todos —dije.

—El comando de Natasha se encontró con una patrulla armada —me respondió para informarme cómo había empezado la debacle.

—¿En dónde? —pregunté

—En el banco... —me aclaró y supuse que se había enterado en el intervalo durante el que no nos vimos.

—¿Yo fallé por no advertir esa ronda? —esa posibilidad me dio temor. ¿Quién quiere tener una culpa así?

—No, tú no fallaste. Fue una coincidencia —expresó con un dejo de tristeza—, una pinche casualidad. Al parecer eran soldados.

—En esto no hay coincidencias..., ni modo que aparecieran de repente y en ese momento, o alguien falló o hubo un traidor —referí con una solemnidad extraña, a pesar de que las palabras de Tony me consolaban al exonerarme con tanta seguridad.

—Échale, no me salgas con que eres tan listo —su tono era molesto.

—Yo no voy a decir nada ¿eh?, tu padre salvará tu vida —acoté—, y la mía si quiere, pero no voy a dar nada a cambio, nada... te lo juro. Prefiero que me madreen como allá abajo —afirmé con determinación a pesar de expresarme en voz baja.

—No va a ser necesario, ¿no te das cuenta? —habló como si lo hiciera consigo mismo—: Han atrapado a muchos, o a todos, más bien todos parecemos ratones arrinconados.

—¿Por qué no pelearon? —que muchos estuviéramos detenidos significaba para mí que la vida había sido preferida a la muerte, y la muerte era lo que los enemigos te infligían si estabas atrapado.

—Deja de preguntar estupideces —gritó y me di cuenta de que tenía la mirada perdida—, Natasha y su gente se batieron... no les ha sido fácil, nada de esto ha sido fácil —guardó silencio y advertí fugazmente en su rostro la mueca informe de la culpa.

Me callé también. No me gustaba la imagen de ser ratones, se supone que éramos revolucionarios, valientes también como el correo del zar en su misión. Bueno, no era una

novela que leyera mis camaradas, pero ese libro se refería a esa aventura en la cual el carácter es indispensable para nunca darse por vencido. Prefería mejor pensar en el Diablo, en un ser indomable, no en afectadas ternuras de ridículos Cristos con cananas revolucionarias y redentoras, esa clase de zarandajas que les gustaban a algunos de los nuestros. Tardé un rato en volver a hablar.

—Háblame de Natasha —había pasado un tiempo, no sabíamos cuánto, los ruidos abajo cesaron, y la muerte, con su silencio atroz, había cubierto ese lugar y nosotros no sabíamos nada más.

—Era muy bonita —dijo con melancolía.

—¿Qué más? —inquirí.

—En la Universidad formó el grupo de las Rosas —respondió a mi interrogatorio.

—Qué nombre —dije con ironía.

—Ellas nos han hecho estudiar a Rosa Luxemburgo —aclaró él.

—Ésa me aburrió, la verdad —en la circunstancia que vivíamos era una confesión insignificante.

—Ya sé, te gusta leer libros burgueses, jamás vas a ser así un buen comunista —retomó su prédica constante—, pero ten cuidado, debes prepararte, ya te dije... la praxis... sin teoría no hay práctica revolucionaria, ¿recuerdas?

—Lo que quiero es matar enemigos —expuse con simpleza como se debe decir en circunstancias semejantes.

—Eres terrible —sentenció con una sonrisita.

—Debiste disparar —por fin le reclamé y me escuchó cambiando de actitud al fruncir el ceño.

—Estaríamos muertos los dos —acotó con sequedad.

—Si así fuera es que ya nos tocaba —respondí con el valor resignado de los mexicanos, que es la contraparte de la crueldad de nuestra raza.

—Tú viste que todo fue muy rápido —se justificó y escondió su vergüenza o su culpa.

—Bueno, ya qué, pero dime que no eres un traidor —eso me inquietaba.

—Si me vuelves a decir eso te voy a ahorcar —hizo un movimiento con su mano como si fuera a estrangularme y contuvo así una expresión de cólera por esa pregunta reiterada hasta que la transformó en un gesto festivo, más que extraño en esa circunstancia.

Los dos nos reímos por lo bajo. Quien no ha vivido este tipo de cosas puede pensar que en una circunstancia así nadie se ríe, pero existe una risa nerviosa que acompaña los momentos difíciles como en los funerales, sobre todo los de provincia, donde la gente come y bebe alcohol, y para pasar la vela nocturna no falta quien cuente chistes. Muchos sentenciados durante la Revolución bromeaban en los paredones o en los patíbulos antes de que la muerte se los llevara, así pues, después de la derrota de ese operativo y de escuchar la manera en cómo torturaban a nuestros camaradas, Tony y yo todavía teníamos capacidad en esa estancia friolenta de reírnos por algo: ¿De nuestra suerte por estar a punto de salvarnos?, ¿de lo ridículo que sonaban mis sospechas sobre él, manifestadas con tal desparpajo?, ¿del poder bromear con la muerte, mientras la muerte misma nos rodeaba?

Me sentía ya mareado cuando vinieron por él. Abrieron la puerta y miré las figuras recortadas como sombras luminosas. «Tú», lo señalaron, con una interjección era claro

que estaba decidida su libertad, no era otro su destino. Ya no quise pensar que fuera un traidor, sino alguien con una suerte especial, así quise verlo. Los dos nos levantamos. La manta estaba en el suelo y él me abrazó con efusión.

—Ya, chotos —conminó uno de los celadores.

—Tú también te irás, te lo aseguro —alcanzó a murmurar, luego se fue con ellos y ambos no adivinábamos que jamás volveríamos a vernos.

Me quedé solo y ni la incertidumbre ni el frío ni tampoco la pérdida de noción sobre el tiempo importaban ya, sino únicamente las punzadas del hambre y la terrible sensación en el gástrico y el estómago provocada por la sed, quizá la peor de las carencias que sufre el cuerpo. Había leído que el Che Guevara en Bolivia, aislado en la selva, se vio obligado a tomar sus propios orines para sobrevivir. Eso me pareció asqueroso y no tenía nada de ganas de hacer lo mismo, aunque la saliva escaseaba en mi boca y sentía que la garganta se me cerraba. Los ruidos en los separos o en las escaleras, si entraban o salían, dejaron de importarme. Todo comenzó a darme vueltas y ya no sabía cuánto tiempo había pasado ni si era de día o de noche.

La fiebre se apoderó de mí. Comencé a ver en las manchas de los muros distintos cuadros que se iluminaban sorprendentemente en esa oscuridad. Miré al Diablo encarnado de rojo escarlata en una cumbre con el piélago infernal a sus pies —bueno, sus pezuñas—, mientras él meditaba, sentado y reflexivo, con esa majestad propia, la del Ángel rebelde. Y de pronto en esa soledad inmensa se reía a carcajadas, y la suya era una risa portentosa. También observé un pueblo florido esparcido en una colina. Si la presencia del Diablo en

esa pose era una imagen cuya descripción había leído, lo del pueblo bucólico seguro fue por la influencia de una canción de moda de José Feliciano, el cantante ciego —como ciego es el porvenir para cualquiera—, que la guardia de agentes escuchaba a todo volumen y apenas alcanzaba a oírla: «*Oh pueblo mío, que estás en la colina*». Es curioso, la canción hablaba de un lugar árido que se abandona y la imagen vista por mí en esa pared era distinta. Se trataba de una despedida muy sentimental, una nostalgia adelantada al emprenderse un viaje lejos del terruño y sin un retorno seguro.

Después me tocó que me largaran. Fueron por mí y me llevaron como un guiñapo. Casi no caminaba, los guardias me llevaban casi a rastras. Pasé sin ver por dónde iba; al salir a un estacionamiento la luz invernal que apenas despuntaba terminó de todos modos por lastimar mis ojos y por ello parpadeaba con violencia. Me dieron mi chamarra y me sentí acogido por ella. De pie junto a la portezuela de un auto pequeño me esperaba el hombre gordo que me había interrogado; todos parecían tener prisa y yo no podía pensar, si habían decidido matarme me era indiferente ya. Me arrojaron en el asiento junto al conductor y colaboré acomodándome. El gordo dio la vuelta y se puso en el volante resoplando, manejó hacia atrás y luego de frente. No dijo nada y eso se lo agradecí. Las calles de la ciudad estaban como siempre, aunque preferí ir la mayor parte del tiempo con los ojos cerrados, sólo deseaba descansar de verdad. Llegamos a la estación de autobuses y bajé con el agente. Ingresamos a una pequeña oficina donde escribieron un oficio que consignaba el viaje al Distrito Federal de un «comisionado de la policía judicial de Chihuahua», un trámite que hicieron para

no pagar el boleto. Ése era mi pase de partida, mi salvación, un regalo.

«Vamos a guardar tu identificación y por eso nunca regreses», expresó enérgico el hombre (sin saber que era falsa). Fuimos a sentarnos al andén, de pronto al agente se le ocurrió que llevaba días de no comer ni beber nada. Me invitó un sándwich y un café; a pesar de que el tipo permaneció hosco concluí que era un buen hombre y es posible que mi presencia le recordara algún hijo de mi edad, pero que perteneciera al bando de los enemigos me impedía que le tuviera agradecimiento. Iba a devorar el sándwich como correspondía a mi hambre, pero decidí masticar despacio la comida para disfrutarla más, como por instinto para que no me hiciera daño. Sorbí un poco de café para calmar mi sed, y me supo a una delicia y por fin se calentó mi cuerpo. Esos bocados y el café me reanimaron de manera paulatina, y esa recuperación era reflejo de mi buena salud física atribuible a mi juventud. «Este caso es más extraño de lo que parece», expresó como si reflexionara en voz alta mientras estábamos sentados en una banca; a mí no me lo parecía, todo se reducía a una operación fracasada por circunstancias inesperadas y yo me salvaba gracias a que el padre de Tony había intercedido por él y de casualidad eso terminó por beneficiarme.

Cuando el enemigo me encaminó hacia el autobús pasamos por un puesto de periódicos, un pasquín local exhibía una foto grande en su portada con un hombre joven sin camisa que pendía ahorcado de los barrotes de una celda, el titular proclamaba: «Guerrillero se suicida en separos», el cintillo de la nota decía: «Vino de México a asaltar», no pude

sino estremecerme. «Mira de lo que te salvaste», gruñó al ver la imagen el agente compasivo.

El camino de regreso era largo y tenía merecido dormir. Recordaba el frío quemante y mi frente ardía. En mi asiento ubicado atrás del chofer iba solo, me acurruqué satisfecho a pesar de los sudores de la fiebre. Ya en la carretera, por fin mis ojos se cerraron. Pasaron varias horas hasta que el atardecer cenizo llegó, cuando a lo lejos los montes oscuros acompañaban grandes planicies heladas. Y decidí seguir durmiendo. «No vayan a despertarme», creo que le dije al chofer sin que me contestara nada. Podían volverme a interrogar y mis párpados no se abrirían y de mi boca sólo saldría, en dado caso, el ruego de que me mataran para poder dormir a gusto.

La ciudad apareció de pronto completamente vacía. Sus edificios, sus restaurantes, sus billares, sus almacenes. En los parques las fuentes apagadas, los juegos solitarios y las iglesias sin ningún fiel, en los mercados todas las frutas estaban podridas y no había señal alguna de gente. Era una visión muy angustiante. Y súbitamente, por una de las avenidas de la ciudad, Tony y yo irrumpíamos en una moto a gran velocidad, tanta que el viento golpeaba nuestros rostros con fuerza. Era una sensación de potencia. De un momento a otro, ya saben cómo son los sueños, vi a una mujer desnuda de pie en una acera. «Detente», le pedí a Tony. Nos acercamos a ella. Era una mujer hermosa, con un rostro luminoso y un cuerpo de curvas amplias. «Es mi madre», le decía. Si bien mi madre era bastante guapa en aquel entonces, ésta no era ella, sino una mujer voluptuosa y sonriente, una persona indeterminada. Sin embargo, repetía fascinado e insistente:

«Es mi madre». Quería bajarme de la moto e ir con ella, «soy su hijo», murmuraba. «Vámonos, debemos ir por fuego para incendiar esta maldita ciudad», proclamaba Tony y volvía a arrancar. «Adiós madre, dame tu bendición.» No se trataba de una petición ritual o extraña, porque ella era la Fortuna.